

se apuntaron en la mesa, volvíme á la calle solo y resuelto á pasar la noche á mi gusto. No había que pensar en las dulces y ordenadas emociones del arte escénico: me faltaba hasta la paciencia necesaria para estar sentado media hora seguida entre gentes de buena educación. Aun el salón de Capellanes que, en su género, era de lo más ordenado y bien regido, me pareció insoportable; por lo cual me fuí á Paul, donde me pasé cuatro horas largas bailando como una bestia, y dando codazos y pisotones á diestro y siniestro.

Acostéme rendido á la una, y me dormí soñando que desde la peña más saliente de la costa vecina á mi lugar, arrojaba de un puntapié á los abismos del mar al señor de Valenzuela y á toda su distinguida familia.



XVIII

ME abrumaba la carga de tristes presentimientos, y era harto crítica mi situación en aquellos días para no sentir, con la necesidad de un consejo desapasionado, la más apremiante de un desahogo de pesadumbres.

La casualidad me presentó una coyuntura favorable, y la aproveché. Hallándome á solas con Matica, le pregunté en crudo:

—¿Qué juicio le merece á usted el señor don Augusto Valenzuela?

—Téngole—me respondió al punto,—por un grandísimo bribón.

—¿Así como suena?—repuse.

—Así como suena,—insistió.

—Por supuesto—añadí sin maldito el propósito de disculpar al personaje manchego,—usted se refiere al estadista, al político, no al...

—¡Qué estadista ni qué niño muerto!—atajóme Matica con su natural desenfado;—me

refiero al hombre: yo no admito esos distingos que han inventado los retóricos al uso para legitimar el socorrido oficio de vivir sobre el país. El que hace una pillada política, es un pillo como todos los pillos; quien no es honrado en su vida pública, tampoco puede serlo en su vida privada. ¡Ni que fuera la honra prenda de dos caras, ó mueble de varios usos! Mas aunque admitiéramos como excusa de buena ley para todos los crímenes *oficiales* esa peregrina distinción, insisto en el calificativo por lo que respecta al encofetado manchego de que tratamos. El señor de Valenzuela es un caballero que si el Código civil rigiera en España por igual para todos los españoles, estaría años hace arrastrando treinta libras de cadena en un presidio, con otros muchos personajes que también gastan coche á expensas del Estado.

—¿Quitamos de esa pintura siquiera los toques *de estilo* del pintor?

—Hombre, puede usted borrar el cuadro entero, si tal como ha salido le disgusta por conexiones que pueda haber entre usted y el original...

—Ninguna que valga dos cominos.

—Pues lo dicho, dicho, señor Sánchez... Pero ¿dónde mil demonios ha estado usted metido para que le suenen á nuevas estas co-

sas que yo le digo ahora de ese famoso personaje?

—No le extrañe á usted esta ignorancia mía—respondí con entera ingenuidad:—la política me interesa muy poco; y es tan frecuente el hablar mal de los gobernantes, que todas las maldiciones me suenan ya lo mismo, y por un oído me entran y por otro me salen. Pero ahora es distinto el caso... Conque siga usted, amigo Mata, y dígame por qué debía estar en presidio el señor de Valenzuela.

—Por muchas razones. En primer lugar, por ladrón.

—¡Ave María Purísima!

—Y lo pruebo. Los gastos visibles de ese personaje, sus trenes, sus fiestas, sus lujosos aposentos, sus palcos en los principales teatros, sus viajes de recreo, su ostentación escandalosa, los vicios de su hijo, los caprichos de su mujer y cuanto de estos dispendios se sigue y se completa, no me comprometería á pagarlos yo con diez mil duros al año... Pues no pasa de sesenta mil reales lo que vale su destino. ¿De dónde sale lo demás?

—Del caudal que habrá ido acumulando, —dije por decir algo.

—¡Acumulando!—exclamó Matica imperturbable.—¿Sobre qué? Desde que es personaje gasta lo mismo, aun ganando menos que

hoy: luego no ha habido ahorros; luego hay manos sucias, agios, escamoteos... porque no hemos de creer que á ese señor, por raro y singular privilegio, todos le sirven y todo se le da de balde.

—Estaría bien por su casa, y vivirá de sus rentas,—añadí todavía.

—Conozco al dedillo la historia de Valenzuela desde que salió de la Mancha—replicó Matica.—Su padre era secretario de ayuntamiento en un pueblecillo cercano á Ciudad Real. Á su lado aprendió á leer y á escribir, y probablemente los rudimentos del oficio en que después se ha ejercitado con singular disposición y notorio aprovechamiento. Imberbe aún, por manejos de su padre consiguió una plaza de escribiente, dotada con cuatro mil reales, en el gobierno de aquella provincia. Años andando, fué nombrado auxiliar de no sé qué, en una aduana de Andalucía. Allí se casó con Pilita, que, por entonces, según reza la fama, era un manojito de gracias, aun entre las de su tierra. Supuesta esta verdad, hay que convenir en que ha variado mucho la hija del desbravador Pedro Jigos (que ésta es la alcurnia de la indigesta consorte de nuestro personaje). Otro que lo era ya entonces y ha continuado siéndolo hasta hoy en la política española, aunque con la varia

suerte de todos los de su calaña, hombre famoso por sus despilfarros, y más aún por su insaciable afición á las hijas y mujeres del vecino, conoció á Valenzuela recién casado, y se le trajo á Madrid con un morrocotudo empleo. De aquella fecha datan las grandezas y pomposidades del insigne manchego; las lujosas exhibiciones de su mujer en teatros y paseos; sus lejanas excursiones de verano...

—Pues ahí tiene usted explicado el misterio—dije interrumpiendo á Matica.—Tales pueden ser las larguezas de ese protector, que ellas solas basten á satisfacer las necesidades de la casa de Valenzuela.

—No hay tal protección, pues ésta concluyó mucho antes que empezaran á marchitarse las gracias de la andaluza, y se notaba la falta del filón en las cesantías de Valenzuela, no obstante los grandes ascensos que había tenido en su carrera; lo cual prueba que el verdadero platal de ese hombre está en la entraña del destino que desempeña. Luego de los diez ó doce mil duros en que yo presupongo el gasto anual de esa familia cuando está en candelero, siete ó nueve mil son mal adquiridos; es decir, estafados á la Hacienda pública, ó á los particulares que se dejan robar por ignorancia... ó por malicia.

—Suponiendo—repuse,—que esas conclu-

siones de usted sean el puro Evangelio, sabemos de dónde sale el dinero que gasta y malgasta nuestro hombre; pero ¿y su importancia?... porque ésta no se roba ni se presta.

—Cierto—dijo Matica;—pero este caso le probará á usted que se puede ser hombre importante sin chispa de entendimiento. Basta con ser mal inclinado y tener poca vergüenza; añada usted, si quiere, cierta travesura, buena fachada, mucho énfasis, algo de abnegación, criminal, por supuesto, y hete á Valenzuela. El único talento que posee este hombre es el de saber para qué sirve, sin querer pasar de allí. Sabe que nació para raposo, y prefiere serlo de verdad á representar falsos papeles de lobo. Trabajando á la sombra en segunda ó tercera fila, la misma obscuridad ampara sus asechanzas y estimula su escaso valor. Si le miraran los ojos de las gentes, era hombre perdido. Como no repara en medios, *las arma* pronto y muy gordas; y una vez armadas y con el jugo ya entre los dientes, le importa un bleado que el mundo se le venga encima. «Échenme á mí la culpa,» dice al ministro. Y he aquí por qué, apenas se descubre un gatuperio gordo en las regiones gubernamentales, Valenzuela es el yunque sobre el cual descargan los golpes de sus iras las oposiciones del Congreso, la prensa

de todos los matices y los maldicientes de todos los corrillos. El ministro del ramo no le defiende, aunque remeda intentarlo, y los periódicos ministeriales le abandonan, como si dijéramos, en medio de la vía pública... Y Valenzuela impávido y calladito, porque contaba con ello; y, además, sabe que en España no hay escándalo que interese más de ocho días, ni criminal de copete que no se imponga «al país» que se lo llama, con una salida á tiempo, humos de gran señor y cara sin rastro de vergüenza. Hombres de tal temple y de tal abnegación, no tienen precio para los gobernantes en estos gloriosos días en que el poder es un campo de batalla donde no hay hora de reposo ni instante seguro para la vida... Pero (y usted perdone la pregunta si la juzga impertinente), ¿de dónde nace su repentino deseo de conocer la casta de ese pajaraco?

Aquí, venciendo el último de mis pueriles escrúpulos, se lo conté todo á Matica. Me miró con cara de lástima, y me dijo, después de oirme:

—Pero, hombre, ¿es posible que, con su buen entendimiento, no haya conocido usted hasta ahora que fiar su porvenir de un hombre como ese, es punto peor que tirarse al estanque del Retiro con un canto al pescuezo?

¿En dónde está la proverbial malicia montañesa?

Por aquí siguió Matica despachándose á su gusto; y entre ponerme á mí de inocente y majadero, y al otro de pillo y de ladrón, se pasó un buen rato, hasta que le dije:

—¿Y qué hago yo en este conflicto?

—Una de dos cosas—respondió Matica inmediatamente:—buscárselas por otra parte, ó volverse á su lugar.

Aquí me fué necesaria otra declaración aún más penosa que la anterior. No tenía en el mundo otro valedor que Valenzuela; y para adquirirlos por mi propia virtud, necesitaba continuar viviendo en Madrid; para vivir en Madrid era indispensable el dinero, y mis reservas estaban á punto de acabarse, porque las había malgastado en la confianza de que el farsante manchego me libraría de apuros dándome lo prometido.

Matica se atusaba la barba mientras iba yo desembuchando con grandes repugnancias estas cosas, y me dijo, tomando el discurso donde yo le dejé:

—Además, ya no estamos en los tiempos de Gil Blas de Santillana, ni los humos de usted le permitirían acomodarse á todos los servicios por donde fué pasando aquel famoso semiconterráneo suyo para hacer carrera,

ni daría usted al remate de ella con un caballero que le regalara fincas en Valencia. Ya no se estila eso. Ahora, con buenos asideros, se toman *per saltum* las grandes prebendas, ó se muere uno de hambre... lo probable es morirse de hambre, porque hay, hablando mal y pronto, quinientos burros para cada pesebre. Á veces suele soplar la fortuna por donde menos se espera, y sin contar con los casamientos ventajosos con que tanto sueñan los galanes pobres (y no aludo á ningún montañés en particular), hay huracanes de sucesos que arrollan al más descuidado, y de la noche á la mañana, me lo plantan en lo más alto de la rueda. Bien pudiera usted ser uno de estos venturosos mortales...

—Dejemos la broma, amigo Mata,—le dije, interrumpiéndole,—y hablemos en serio, que bien lo merece mi apurada situación.

—Pues qué, ¿piensa usted—me replicó el cáustico extremeño,—que no es serio lo que le digo porque no lo hago en el tono campanudo y pomposo de su amigo Valenzuela, prototipo y cuño de los hombres serios del día? Este error en que usted vive es otro resabio aldeano de que debe usted corregirse, si no está resuelto á volverse á su pueblo á esperar sosegadamente á que, andando los años, le den la administración de las fincas

del Infantado y la secretaría del Ayuntamiento... ¿Qué tal?... ¡Mala cara pone el amigo Sánchez!... ¿Se cree usted todavía con virtud bastante para conformarse con eso sólo después de haber conocido lo grande que es el mundo y el ruido que hacen las gentes en él?

—¡No!— respondí sin titubear, por las razones que se le ocurrían á Matica y por otras muchas que me carcomían tanto como ellas, por lo mismo que eran miseriuucas del amor propio.

—Pues he ahí por qué no le he aconsejado á usted en serio y en seco que se volviera á la Montaña; consejo que, de seguro, le hubieran dado, después de oírle á usted como yo le he oído, todos los *letrados* que nunca se sonríen. Pero yo veo en usted algo más que un pobre secretario de ayuntamiento de aldea; y mientras no le crea repleto otra vez de esa vieja y patriarcal vocación, me guardaré muy bien de decirle «por ahí se va,» aunque ese sea uno de los caminos que le mostré para huir del apremiante conflicto que me expuso.

—¿Y si el señor de Valenzuela llegara á cumplirme su palabra?—me atreví á apuntar.

—¡Inocente de Dios!—exclamó Matica mirándome con lástima.—¡Todavía tiene usted esperanzas!... Pero, aunque éstas se realizaran, ¿de qué le serviría á usted?... ¿Usted no

sabe que los días de Valenzuela están contados, porque los gobernantes, á cuyo amparo vive y medra, se tambalean ya? ¿No tiene usted ojos ni oídos? ¿No lee usted periódicos? ¿No oye á las gentes? ¿No siente usted, por donde quiera que va, un rumor extraño y persistente, y no sabe que eso es el estertor de los gobiernos impopulares y aborrecidos? Y cuando Valenzuela caiga, ¿de qué le serviría á usted la credencial que deba á su munificencia, si caerá usted al mismo tiempo que él, como una de sus hechuras?

—Pues no hablemos más del asunto,—dije viéndome sin salida entre aquellas reflexiones, cuya fuerza consistía, precisamente, en ser idénticas á las que yo me había hecho más de una vez, por lo mismo que no era tan sordo ni tan ciego como Matica me juzgaba.

Y no se habló más.





XIX

PERO el malhadado pleito no se apartaba un punto de mi imaginación; y en ellase multiplicaban con asombrosa fecundidad, como toda mala semilla, y crecían y se esponjaban, los sombríos pensamientos sin hora de verdadero reposo para mí.

Pasé de este modo una semana bien cumplida; y cuando ya comenzaba á acostumbrarme á la carga, y aun intentaba aligerarla un poco con el recurso de ciertas esperanzas que la triste necesidad me fingía en lo más obscuro de la mente, entró muy de mañana en mi cuarto el ínclito don Serafín Balduque, con el sombrero en la mano, chispeantes los ojuelos, torcido el corbatín, desabrochado medio chaleco y la capa arras-trando.

—¡Mueran los pillos!—gritó por todo saludo, mientras me tendía la mano.

Creí que se había vuelto loco, y le miré con asombro, sin decir una palabra.

—¡Choque usted, señor don Pedro!—continuó, oprimiendo mi diestra con la suya trémula y ardorosa:—¡la patria está de enhorabuena, y usted y yo también, y todos los españoles honrados!

—Pero ¿por qué, hombre de Dios?—le pregunté, lleno de curiosidad.

—Pues ¿por qué ha de ser sino porque cayeron los viles, los tiranos, los ladrones, los?...

—¿Quiénes son esos tiranos y esos?...

—¡El Gobierno, calabaza!

¡Yo sí que caí entonces despeñado en el más triste de los desalientos!

—Y no dirá usted—continuó el hombrecillo,—que el egoísmo enciende mi entusiasmo, pues allá se van en ideas los nuevos con los caídos, y nada espero de ellos; pero, al cabo, son otros hombres; no los infames que me quitaron á mí el pan y trataban de dar un puntapié á la Constitución... Porque ya sabrá usted que intentaba un golpe de Estado el *Ministerio de las economías*... Aquí está, calentito, *El Clarín de la Patria*, que lo reza punto por punto, con la lista de los nuevos ministros. Todos me parecen peores, y de ninguno de ellos espero cosa mayor; pero no

importa: ya he dicho que no son *los otros*; los que me dejaron cesante y no han querido reponerme, ¡repillos!... ¡Y que esos hombres caigan en blando como las gentes honradas!... ¡Mueran los ladrones!... Pero, hombre, ¡qué cosas dice *El Clarín* al dar cuenta del suceso! No sé cómo se lo consienten, porque, al fin y al cabo, todos son lobos de una misma camada... Verdad que lo dice á medias palabras y entre renglones. ¡Cuidado si es caliente de boca el tal periódico!... También trae la lista de los altos funcionarios que han presentado sus dimisiones al caer el ministerio. Excuso decir que el primerito está su amigote Valenzuela... Supongo que le tendrá á usted sin cuidado, ¿no es verdad? ¡Para el caso que le ha hecho á usted cuando me ha recomendado á él!... Por cierto que si no fueran ustedes tan íntimos, quizá me atreviera...

—¿A decir algo malo de él?—pregunté al cesante interrumpiéndole nervioso.—Pues si es eso, diga cuanto guste, que más merece la muy serrana partida que me ha jugado.

—¿También á usted!... ¡Ah, tunante manchego!... Pues digo de él que es el capitán de la cuadrilla; y que me asombra que haya tardado usted tanto en oirlo y en conocerlo. Muchas y muy gordas ha hecho; mucho ha podido, y quizás pueda mañana más que

ayer, porque en España somos así... pero, por de pronto, está boca abajo, nada le debo, y ¡mal rayo le parta!

Lo que don Serafín despotricó con este motivo, no cabe en papeles. Por conclusión me dijo:

—¿Usted no será hombre de echarse á la calle en seguida?

Excuséme con ocupaciones perentorias y con las poquísimas ganas que tenía de moverme de casa, en nada de lo cual mentía; y díjome Balduque calándose el sombrero:

—Pues yo, señor don Pedro, la corro hoy, aunque me cueste otra cesantía; necesito aire y movimiento, mucha noticia y mucho comentario; ¡sobre todo, los comentarios! ¡parece que me nutren y me regeneran! De paso, se informa uno; se inquiere, se indaga; y como por lo más obscuro amanece... Ya procuraré verle á usted para comunicarle las impresiones recibidas... Conque repito la enhorabuena, y... ¡hasta siempre, amigo mío!

Tendióme la mano, y salió de mi casa tan nervioso y desconcertado como había entrado en ella.

Entre tanto, desvanecidas del todo mis débiles esperanzas con la noticia que me trajo don Serafín, había formado yo una resolución irrevocable. Escribiría á mi padre sin

pérdida de tiempo dándole cuenta del fracaso de nuestros proyectos, no por culpa de Valenzuela, pues esto equivaldría á una puñalada en el honrado corazón del pobre hombre, tan pagado de las hidalguías y larguezas del personaje, sino por razón del reciente cambio político que, por entonces, hacía inútiles los buenos deseos de mi generoso protector, y le anunciaría mi próxima vuelta á la Montaña á esperar tiempos mejores. Con el poco dinero que me quedara después de liquidar mis cuentas con la posadera, tomaría el rincón más barato de la diligencia; y si ni para esto me alcanzaban los sobrantes, haría el viaje en *galera acelerada*, ó séase carromato de cuatro ruedas, que tardaba diez ó doce días de Madrid á Santander. Una vez en mi casa, ya hallaría yo modo de ir informando á mi padre poco á poco de la verdad, y de explicarle, sin que le doliera mucho, la inversión de mis reservas á tanta costa adquiridas; armaríame de valor para sufrir la rechifla que me esperaba de los Garcías y de otros que no eran Garcías, al verme tornar con el moco lacio, pobre y desvalido, al mísero hogar del cual me vieron salir tres meses antes entre los resplandores de los prestados rayos del manchego sol que había deslumbrado á todo el pueblo; establecido ya en

él, iría borrando de la memoria, con la fuerza de la necesidad, las golosinas del mundo que había catado, y tornaría á pretender la secretaría del ayuntamiento, y hasta sería capaz, si no me la daban, de labrar la tierra con mis propias manos, con tal que así lograra satisfacer las primeras necesidades de la vida y servir de amparo y de consuelo á la honrada vejez de mi padre.

Bajo estas impresiones me puse á escribirle; y escribiendo estaba todavía, cuando se me presentó delante Matica.

—¿Qué se hace?—me preguntó sin saludarme.

—Ya usted lo ve,—respondíle señalando á la carta.

—¿Para quién es?... y usted dispense la franqueza.

—Para mi padre.

—Lo suponía. Le dará usted cuenta de la caída del ministerio.

—Justamente.

—Y acaso, acaso, y con este motivo, le anuncie usted propósitos de volver á la tierra...

—Cabal. ¿En qué lo ha conocido usted?

—Después de lo que hablamos el otro día, eso es lo que procede en un hijo tan honradote y conciencizado como usted.

—Me falta media carilla, y no quisiera per-

der el correo. ¿Me da usted su permiso para concluirlo?

—No, señor: antes le mando que suspenda la tarea; óigame, y continúela después si le parece.

Dejó la pluma, sentóse Matica, pusímonos frente á frente, y me habló así:

—¿Le conviene á usted un empleo en Madrid, con veinticinco duros mensuales, pagados á tocateja, duradero, de poco trabajo y no precisamente antipático?

Parecióme la oferta una canongía llovida del cielo de repente.

—¿Y si yo dijera que sí?

—Sería para usted.

—¿Desde luégo?

—Desde hoy mismo.

—¡Demonio!—exclamé en el colmo de la sorpresa.—Hágame usted el favor de explicarme eso.

—Está vacante la administración de un periódico de importancia; lo he sabido anoche; hablé con el director (propietario á la vez), gran persona y amigo mío; le ofrecí un administrador de las condiciones y señas de usted, una por una... y un poquito más, por si acaso... siempre á reserva de que le convenga á usted la plaza, que yo creo que le conviene, y por eso me acordé de usted; aceptó

la oferta el amigo, que me sirve siempre que puede, á reserva también de que usted le con venga á él; y como esto acontecía cuando ya era por filo la media noche, he madrugado hoy para enterarle del caso, ganando todo el tiempo posible, porque en Madrid abunda el hambre, los buenos bocados se huelen de lejos, y no hay que fiar demasiado en palabras de los hombres.

Oyendo esto, dí media vuelta sobre la silla, solté las chinelas de dos pernadas vigorosas, y comencé á calzarme las botas, que estaban al alcance de mi mano. Matica se sonreía y me dejaba hacer. Después cogí la capa, luégo el sombrero, y, por último, rasgué la carta que había empezado á escribir á mi padre.

—Estoy á las órdenes de usted,—dije á Matica, conmovido y acelerado.

Celebró el tal con grandes risotadas el desconcierto en que me veía; y yo exclamé, temiendo que se burlara de mí en todo cuanto me había referido:

—¿No dice usted que hay que aprovechar los instantes?

—Sí que lo dije; pero no hemos de tomar los dichos tan al pie de la letra. ¡Estos caballeros rurales tienen una virginidad de impresiones!... Considere usted, amigo Sánchez, que el periódico es matutino, por lo cual sus

redactores velan hasta muy tarde, y es posible que, á la hora presente, no encontremos todavía con quien entendernos en aquella casa. Demos, pues, tiempo al tiempo, y entre tanto, hablemos un poco del asunto. Todavía no sabe usted de qué periódico se trata.

—Cierto—respondí.—Pero ¿qué más da?

—Creo haberle oído á usted manifestar cierta ranciedad de ideas en política.

—La impresión de la lectura del periódico de mi padre—dije, con escaso respeto á las tradiciones de familia.—Pero, de todas maneras, yo no he de predicar allí en ningún sentido.

—Es verdad—replicó Matica;—pero como en esto de malas ideas, en opinión de ustedes los apegados á lo de antaño, tanto peca el que tiene la oveja como el que la desuella, yo quiero descargar mi conciencia de toda responsabilidad, advirtiéndole que el periódico de que tratamos es batallador, irreconciliable, por sistema, con todo lo actual y cuanto pueda venir á su semejanza, alarmista, reñidor; en fin, revolucionario.

—Que lo sea.

—Puede haber palos allí alguna vez...

—Que los haya...

—Pues ante tan heroica resolución, no ten-

go más que decirle sino que el periódico se titula *El Clarín de la Patria*.

—Le conozco.

—Periódico muy arraigado—continuó Matica,—de gran circulación y de mucha autoridad en la política revolucionaria. Paga bien y á tiempo... ¡cosa rara! Buenas gentes las que le redactan... demasiado levantiscas quizá.

—Y no está mal escrito, en lo que yo recuerdo.

—Todo lo bien que puede escribirse al son del himno de Riego, que no es gran cosa. En lo puramente literario, está mejor vestido: suena mucho su aplauso y es muy codiciado de las gentes literatas. Sus sátiras tienen justa fama, y el Gobierno las teme de lumbre... En fin, que tiene grandes elementos de vida, y no hay temor de que fenezca con ella, de la noche á la mañana, el cargo de administrador.

—¡Aunque no me dure una semana!—dijo lleno de convicción:—esa tregua iré ganando; después, Dios dirá.

—Por lo demás—continuó mi amigo,—el empleo es cómodo y llevadero. No es la oficina que le hubiera ofrecido Valenzuela, con su papel de barbas, sus legajos polvorientos, su uniformidad de mesas, de gorros de terciopelo y de manguitos de percalina. Verdad que no son poéticos los casilleros, el talona-

rio de bonos, la lista de suscriptores, el libro de caja y tantos otros útiles que pondrán bajo la inmediata responsabilidad de usted en esa administración; pero sobre no haber que temblar por los cambios súbitos de situación, las veleidades de un superior jerárquico, las traslaciones forzosas de residencia, etc., para las aficiones de usted, educación patriarcal y prendas de carácter, no puede hallarse empleo más á propósito en las circunstancias que actualmente le rodean. No va usted á esgrimir la pluma en el agitado campo de la literatura y de la política; pero sí á vivir en sus fronteras, á contemplar sus horizontes, á conocer sus gentes y su modo de ser, á presenciar sus batallas, á oír sus gritos de combate y admirar sus bríos indomables, sus fervorosas y apasionadas luchas sin hora de descanso. El incesante gemir de las prensas vomitando proyectiles de ideas, arrullará sus oídos, y el tufillo diabólico de la pringosa tinta que ha transformado el mundo, producirán en usted misteriosos, invencibles cosquilleos que pondrán en loca ebullición su sosegada mente, y harán que en su diestra se agite la pluma y corran sus puntos sobre el papel, solicitados de una fuerza que no estará seguramente en los encasillados del libro Mayor. No nacerán allí, porque es campo re-

vuelto y agitado, los frutos intelectuales que necesitan, para su gestación y desarrollo, largas meditaciones y ardorosa inspiración; pero, puerto franco y abierto, llegará á él la riqueza de todos sus similares, muestra peregrina de la varia actividad del pensamiento humano en esta castiza tierra de los garbanzos y de los motines. El folleto insulso, con aires de diatriba venenosa contra el ministro del ramo ó el partido político que cometieron la injusticia de desoir y desatender al autor; el tomito de versos, en variedad de tonos y para todos los gustos; la lujosa *Memoria* repleta de guarismos, en la cual la Gerencia manifiesta á los señores socios que en el ejercicio próximo aquello será un platal, si dejan que los recursos naturales y legítimos de la sociedad se desenvuelvan dentro de la esfera del crédito, á faltas de moneda de mejor ley; el drama tremebundo, impreso en justo desagravio de la silba con que le recibió un público alevoso; la obra del erudito, fárrago interminable enderezado á fijar la naturaleza de la argamasa invertida en la construcción de la *Cloaca Máxima*, llamada por Catón *Cloacale flumen*; el *Ramillete oloroso de advertencias morales*, «que una madre piadosa dedica á la educación de la tierna infancia;» *Las pesquisas históricas á tra-*

vés de los siglos más remotos, opúsculo de un dómine rural, que entretiene así sus largos ocios... y su hambre; *El despertador de la modorra del pueblo*, centón de máximas políticas, glosadas por un patriota, mártir de la santa causa de la libertad; el *Tratado de partos*; la novela de costumbres, la histórica, la científica, la teológica, la marítima; el *Prontuario de cambios*; el *Cunto épico*, modesto ensayo de un joven alumno de veterinaria; el *Manuale rusticorum*, fechoría de un humanista empedernido... hasta el ejemplar de la nueva edición del *Breviario*, ó del *Misal*; en fin, de todo lo imaginable habrá sobre aquellas mesas, y debajo de aquellas mesas, y sobre las sillas, y debajo de las sillas, y en el pasadizo, y en los rincones, y detrás de los armarios, y en los cestos, y en el montón de la basura; y cada cosa habrá ido allí por el correo, ó á la mano, con el autógrafo correspondiente en la anteportada, recomendándose humildemente á la indulgencia del periódico, pero con el propósito de que éste ponga la obra sobre los mismos cuernos de la luna... Pues ¿qué le diré á usted del entrar y salir de gentes de tan varios temperamentos y cataduras como los asuntos que les mueven, y las conversaciones que entablan, y las porfías que suscitan, y los planes que exponen, y

las sospechas que apuntan ó las noticias que dan? ¿Qué de los donaires de este redactor; de las cosas del otro; de las aprensiones de aquél; de los resabios del de más allá; de los alientos, de las esperanzas ó del desánimo de todos, según corran los aires de la política, y los suyos se aproximen ó se alejen?

Pero no quiero quitarle á usted el interés de la sorpresa, anticipándole informes que han de ser sabroso cebo de su curiosidad... Hágame usted el favor de darme un aplauso por este parrafejo, que, para soldado de pronto, no me ha salido del todo mal; y... el señor Sánchez tiene la palabra.

No un aplauso, sino un abrazo muy estrecho fué lo que yo dí entonces al agudo extremeño: la mejor moneda con que podía pagarle allí el cariño que me demostraba y el grandísimo favor que me había hecho.

Y hablando, hablando, pasó una hora más, y juntos y charlando todavía, salimos á la calle.



XX

ERA el tal empleo una verdadera ganga, si no por el estipendio, que no pecaba de pingüe, aunque á mí me lo parecía, por lo llevadero del trabajo, lo cómodo de las horas y la índole de las gentes á quienes servía yo. Algo me costó convencer á mi padre de que tanto daba estar empleado allí como en otra parte, porque el buen señor, aun sin la instintiva repugnancia que sentía hacia un periódico de las ideas de *El Clarín de la Patria*, hubiera preferido mi vuelta á la aldea mientras la nueva tortilla ministerial se volcaba, y tornaba á estar en candelero Valenzuela, de cuya paternal solicitud por mí esperaba torres y montones; pero al fin se convenció, y creo que de buena fe, y con ello me descargué del único pesar que entonces me afligía.

Por encarecimientos y recomendaciones de